

## **COMPETENCIA POLÍTICA Y CALIDAD DE LA DEMOCRACIA EN BRASIL: LAS ELECCIONES DE 2018 Y LA RECOMPOSICIÓN DEL SISTEMA DE PARTIDOS<sup>1</sup>**

Carlos Federico Domínguez Avila<sup>2</sup>

**Resumen:** El artículo explora la competencia por la Presidencia en las elecciones federales brasileñas de 2018. Inicialmente se discuten los aspectos teóricos y metodológicos correlacionados a la Competencia Política, entendida como una de las dimensiones disponibles para el estudio de la Calidad de la Democracia. Luego, se examinan los resultados y los desdoblamientos del proceso electoral – incluyendo la formación del nuevo gabinete ministerial. Se destaca que, en 2018, hubo un importante sorpasso político-electoral y una fuerte inclinación hacia las candidaturas de derecha en las preferencias de los votantes, lo que resultó en la victoria de Jair Bolsonaro y su grupo de apoyadores en el Partido Social Liberal (PSL). La conclusión general del trabajo sugiere que la asunción de Bolsonaro, desde el 1º de enero de 2019, ha provocado un significativo impacto en la recomposición del sistema de partidos en Brasil.

**Palabras-clave:** Competencia Política; Calidad de la Democracia; Elecciones Presidenciales; Sistema de Partidos; Brasil

*Recebido em: 9/12/2018*

*Aceito em: 22/03/2019*

---

<sup>1</sup> Una versión preliminar de este manuscrito fue presentada en el XXXVII Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos-Lasa (Boston, 2019).

<sup>2</sup> Doutor em História, com Pós-doutorado em Ciência Política. Docente e pesquisador do Mestrado em Direitos Humanos, Cidadania e Violência/Ciência Política do Centro Universitário Unieuro. Atualmente realiza estágio de pós-doutoramento na Universidade Federal do Rio Grande do Sul-UFRGS. Email: cdominguez\_unieuro@yahoo.com.br

## **POLITICAL COMPETITION AND THE QUALITY OF DEMOCRACY IN BRAZIL: THE ELECTIONS OF 2018 AND THE REMAKING OF THE PARTY SYSTEM**

**Abstract:** The paper explores the competition for the Presidency in the Brazilian federal elections of 2018. Initially it discussed the theoretical and methodological aspects of Political Competition, understood as one of the dimensions available for the study of the quality of democracy. Then it discussed the results and the consequences of the electoral process – including the formation of the new Cabinet. The paper shows that, in 2018, the right-wing parties were victorious, specially the Social-Liberal Party's incumbent, Jair Bolsonaro. The general conclusion is that the shift to right politics will impact in the party system, in the national political party competition, and in the quality of Brazilian democracy

**Key-words:** Political Competition; Quality of Democracy; Presidential Elections; Party System; Brazil

## 1. Introducción

La competencia política es una de las dimensiones fundamentales en el estudio de los sistemas de partidos y de la calidad de la democracia. Esta dimensión explora el cotidiano de las actividades de la clase política, bien como las contradicciones entre partidos políticos y la correlación de fuerzas entre actores gubernamentales y opositores – además de las divergencias entre mayorías y minorías parlamentarias. Efectivamente, la competición puede acontecer al interior de cada partido político, al interior de las coligaciones políticas, en el contexto general del sistema político, y eventualmente entre actores políticos y actores sociopolíticos (poderes facticos, movimientos sociales, potencias extranjeras). Obviamente, las democracias de más alta calidad aceptan la alternancia en el poder, el pluralismo político, e incluso la competencia democrática al interior de los partidos (Dahl, 2016).

Desde la proclamación de la República, en 1889, Brasil tiene una larga tradición de competencia política – aunque muchas veces las elecciones y la representación política adolecieran de graves limitaciones democráticas (Bizarro y Coppedge, 2017; Bethell, 2002). Actualmente, el sistema de partidos vigente en el país es bastante exuberante y fragmentado – con 35 partidos políticos registrados en el *Tribunal Superior Eleitoral*-TSE (véase Anexo 1).

El tema en cuestión es bastante relevante tanto en términos nacionales, como en una perspectiva regional y global (Latinobarómetro, 2018). Recuérdese, de partida, que el Brasil es actualmente la cuarta democracia del mundo en número de votantes – quiere decir, con un censo electoral de 143,7 millones de electores, solamente superado por la India, los Estados Unidos e Indonesia. También, es la mayor democracia latinoamericana y del mundo de lengua portuguesa. En ese sentido, el devenir de la experiencia democrática brasileña tiene implicaciones dentro y fuera del país, especialmente en foros como el Mercosur, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, la Organización de los Estados Americanos, la Organización de las Naciones Unidas, la Comunidad Iberoamericana de Naciones, la Comunidad de los Países de Lengua Portuguesa, los Brics, Ibas, entre otros (Levine y Molina, 2007; Linz y Stepan, 1999; Moisés y Meneguello, 2013).

En esa línea, el texto procura explorar la recomposición del sistema de partidos en Brasil, especialmente en el contexto de las elecciones federales de octubre de 2018, que resultaron en la victoria de Jair Bolsonaro, para el período 2019-2022. Los principales temas a ser discutidos son: (i) la competencia en el lado de la entrada del sistema político, (ii) la competencia entre los actores político-sociales, y (iii) la competencia en el lado de la salida del proceso político.

## 2. La competencia y la calidad de la democracia: aspectos conceptuales

La competencia política es una de las más cruciales y trascendentales dimensiones en los estudios sobre la calidad de la democracia. Sea en términos teóricos, metodológico o empíricos, la posibilidad de votar y ser votado – quiere decir, ser eventualmente electo para un cargo público –, en el marco de procesos electorales libres, justos y periódicos, acaban siendo condiciones indispensables, prioritarias e ineludibles para poder identificar con un grado mínimo de certeza la existencia de un sistema verdaderamente democrático, en comparación con otros tipos de regímenes políticos, especialmente en la contemporaneidad (Przeworski, 2016; Miguel, 2014).

Ciertamente, la dimensión de la competencia política no es la única disponible para el estudio de la calidad de la democracia existente en una unidad política – o una poliarquía, en el sentido dahliano de la expresión. Otras dimensiones disponibles para el estudio de la calidad de la democracia a menudo también son citadas por teóricos e investigadores calificados en la temática – entre estas: el Estado de Derecho, la Rendición de Cuentas, la Participación, la Responsividad, la Libertad o la Igualdad/Solidaridad. De hecho, no faltan autores que destaquen y valoricen la relevancia teórica, metodológica y empírica de estas otras dimensiones de la democracia. Aun así, y salvo mejor información, autores de orientación maximalista, deliberativa, demócratas-participativos, institucionalistas, elitistas, o feministas, entre otros, generalmente aceptan, sin mayores discusiones, que la efectiva realización de elecciones libres, justas y periódicas es atributo *sine qua non* para reconocer e identificar la presencia de un sistema político democrático (Miguel, 2016; Santos, 2002).

En este contexto general, parece apropiado insistir que, mismo siendo una entre varias, la competencia política es una importantísima dimensión disponible y necesaria para el estudio de la calidad de la democracia, sea en términos teóricos, metodológicos o empíricos. Tal ponderación es particularmente relevante para los fines del presente texto, ya que el problema-objeto que nos convoca en esta oportunidad – quiere decir, las elecciones federales brasileñas de 2018 (véase Cuadro 1 y Anexo 1) – está directamente correlacionado con esa vertiente de la teoría política contemporánea y también de los estudios electorales. Más específicamente, el autor del estudio entiende que existirían afinidades electivas altas y crecientes entre la competencia política y las elecciones brasileñas de 2018, de un lado, y la así llamada teoría minimalista, procesual o procedimental de los estudios de la calidad de la democracia, de otro.

Así las cosas, parece apropiado recordar que la llamada teoría minimalista, procedimental o elitista de la democracia tiene en Joseph Schumpeter a uno de sus más insignes y reconocidos autores. Schumpeter (1961, p. 321) ponderaba que “el método democrático es aquel sistema institucional, para llegar a las decisiones políticas, en el que los individuos [quiere decir, los actores políticos] adquieren el poder de decidir por medio de una lucha de competencia por el voto del pueblo.” Resumidamente, esto significa que para el autor en referencia la democracia era

fundamentalmente un procedimiento disponible en la contemporaneidad para escoger pacíficamente a las autoridades políticas – sin atenerse a los aspectos ideológicos de los gobernantes. En tal sentido, la tradición schumpeteriana, también llamada procedimental, minimalista o competitiva de la democracia, termina enfatizando su atención en las dimensiones electorales, de sistemas de partidos, de partidarismo, de la gobernabilidad, de rendición de cuentas, del autogobierno, de la cultura política, de las instituciones, y también en la cuestión de la competencia política – que es lo que verdaderamente interesa para los fines del presente artículo.

Los politólogos herederos y sucesores de Schumpeter consideran que mantener el foco en los aspectos de la democracia electoral, minimalista o procedimental es crucial para comprender y valorizar las relaciones entre Estado y Sociedad en la contemporaneidad, principalmente en países que procuran elevar sus niveles de desarrollo político. Todo ello sin olvidar que, según el modelo schumpeteriano de la democracia, el hecho de votar, elegir y ser electo en comicios verdaderamente libres, justos y periódicos representa un avance extraordinario y significativo en el marco de la historia político-social de la humanidad, casi siempre dominada por sistemas políticos autoritarios. Tal es el caso predominante en la historia político-social del continente latinoamericano y del Brasil, en particular.

Más recientemente, Adam Przeworski (2016; 1997) ha ofrecido una visión renovada y actualizada de la teoría minimalista de la democracia. Este autor polaco-estadunidense considera que la tendencia a valorizar la concepción maximalista de la democracia se puede acabar transformando en un problema teórico, metodológico y empírico para los politólogos, en función de la falta de claridad de ese tipo de enfoque. En consecuencia, el autor en referencia pondera lo siguiente:

Desarrollo mi defensa de la concepción minimalista en dos partes. Considero obvio que intentemos evitar el derramamiento de sangre y la violencia para resolver nuestros conflictos. A partir de esta idea, argumento, primero, que la mera posibilidad de poder cambiar a los gobiernos puede evitar la violencia. En segundo lugar, considero que hacerlo por medio del voto tiene sus propias consecuencias. [...] el solo hecho de que haya alternancia en el poder, puede inducir a las fuerzas políticas en conflicto a obedecer las reglas, en lugar de emplear la violencia, por la siguiente razón: aunque a corto plazo los perdedores estarán en mejor situación si se rebelan que si aceptan el resultado de la ronda electoral, la ganancia será mayor si continúan aceptando el veredicto de la moneda al aire que si pelean por el poder, si tienen suficientes oportunidades de ganar y de obtener ganancias en futuras rondas. Lo mismo se aplica a los ganadores, quienes tendrían ganancias mayores si dejaran de echar la moneda al aire una vez instalados en el poder; pero podrían estar mejor si dejan el poder en forma pacífica, en lugar de provocar una resistencia violenta en su intento por usurparlo. La regulación del conflicto es entonces un mecanismo de equilibrio que se refuerza a sí mismo [...] El

derramamiento de sangre se evita por el solo hecho de que, como dice Aristóteles, las fuerzas políticas esperan la alternancia [Przeworski, 1997, p. 25s].

Y en otro párrafo de particular relevancia para los fines del presente artículo, Adam Przeworski (1997, p. 27s) pondera categóricamente lo siguiente,

Votar es imponer una voluntad sobre otra. Cuando se llega a una decisión por medio del voto, algunas personas deben someterse a una opinión diferente de la suya o a una decisión contraria a sus intereses. El voto autoriza la coacción. Le da el poder a los gobiernos, a nuestros gobernantes, de mantener a individuos en prisión, a veces hasta de quitarles la vida; de quitar dinero a unos y dárselo a otros, y de regular la conducta privada de los adultos. El voto genera ganadores y perdedores, y autoriza a los ganadores a imponer su voluntad, aunque sea con límites, a los perdedores.

[...] Entonces ¿qué diferencia produce votar? Una respuesta es que el derecho a votar impone la obligación de respetar los resultados de la votación. Bajo esta óptica, la democracia persiste porque las personas ven como deber obedecer los resultados que se generan en un proceso de decisiones en el que ellos han participado de manera voluntaria. La democracia es legítima porque los individuos están dispuestos a aceptar decisiones indeterminadas, en tanto puedan participar en su elaboración.

[...] Votar constituye un ejercicio: una lectura de oportunidades en caso de una eventual guerra. Si todos los hombres son igualmente fuertes (o estuvieran armados), la distribución del voto sustituye al resultado de la guerra.

Por tanto, Przeworski considera recomendable trabajar e investigar científicamente dicho problema-objeto. Esto es, asumir que la democracia fundamentalmente debe ser considerada como un sistema regular de escogida y de elección de representantes, siempre y cuando los resultados – aunque previsibles – no sean conocidos anticipadamente. En tal sentido, las elecciones libres, justas y periódicas también acaban siendo problema fundamental de los investigadores especializados en la temática de la calidad de la democracia.

Así las cosas, parece pertinente agregar que un sistema democrático se considera efectivamente consolidado cuando existirían consensos mínimos o básico en relación a las instituciones políticas, particularmente aquellas más próximas a la democracia electoral, a la rendición de cuentas, y a la participación y competencia política. Entre otras, se destacan: el sufragio universal y secreto, la regularidad de las elecciones, el poder efectivo de las autoridades públicas electas, la libertad de expresión e información, las libertades de asociación, el respeto a la duración de los cargos, e incluso la democratización interna de los partidos y otros actores político-sociales significativos (Linz y Stepan, 1999).

Robert Dahl y su noción de poliarquía son convergentes con el modelo schumpeteriano de la democracia. De hecho las afinidades electivas entre las referidas contribuciones de Schumpeter y Dahl fueron observadas y reconocidas por numerosos autores. Vale tener presente que el propio Dahl (2016, p. 104) definió a una poliarquía en los siguientes términos:

*Poliarquia* deriva de las palabras griegas que significan “muchos” y “gobierno”; así, “el gobierno de muchos” se distingue del gobierno de un, la monarquía, o el gobierno de pocos, la oligarquía o la aristocracia [...] Más exactamente, una democracia poliárquica es un sistema político dotado de las seis instituciones listadas anteriormente [quiere decir: funcionarios electos, elecciones libres, justas y frecuentes, libertad de expresión, fuentes de información diversificadas, autonomía para las asociaciones, y ciudadanía inclusiva]. Por tanto, la democracia poliárquica es diferente de la democracia representativa con sufragio restringido – como la del siglo XIX. También es diferente de las democracias y de las repúblicas antiguas que no apenas tenían sufragio restringido, como también les faltaban muchas otras características cruciales y decisivas de la democracia poliárquica – por ejemplo, los partidos políticos, el derecho de formar organizaciones políticas para influenciar o hacer oposición al gobierno existente, grupos de intereses organizados, etcétera. Es también diferente de las prácticas democráticas de unidades tan pequeñas que los miembros pueden reunirse directamente y tomar decisiones políticas (o recomendarlas), o hacer leyes.

Para los fines del presente texto, la contribución de Dahl es importante, relevante y significativa. Es evidente que la noción de poliarquía tiene muchísimas afinidades electivas con los investigadores de orientación minimalista, particularmente con aquellos interesados en el estudio de la competencia política y la democracia electoral. Recuérdese que Dahl llama poderosamente nuestra atención en lo concerniente a que los funcionarios electos por los ciudadanos deben tener, efectivamente, el control del gobierno y del Estado; asimismo, tales funcionarios electos son escogidos en procesos electorales libres, justos y periódicos.

Conviene agregar que el modelo minimalista o procedimental de la democracia ha sido dura y sistemáticamente cuestionado por autores maximalistas – especialmente por los así llamados demócratas-participativos, por demócratas-deliberativos, por igualitaristas, por autores críticos – o decoloniales –, por constructivistas, entre otros (Miguel, 2014; Santos, 2009). En general, estos autores maximalistas entienden que el modelo minimalista rebaja, desdeña e ignora la tradición aristotélica y rousseauiana de la democracia, entendida como proyecto de transformación de las sociedades, mediante la ampliación de la democracia de ciudadanía. Asimismo, se cuestiona que la participación efectiva de la ciudadanía sea reducida al acto de votar cada cuatro años, mismo que con pocas posibilidades de renovación o alteración de las estructuras político-sociales y económicas. Así, la democracia electoral – o poliarquía – acabaría siendo esencialmente convergente a los intereses estratégicos de las clases dominantes, acabaría

reduciendo las nociones de soberanía popular y de ciudadanía, y finalmente legitimando y confirmando las relaciones de dominación tradicionales (Miguel, 2016; Santos, 2002).

Frente a esta crítica contundente y desafiadora, parece apropiado tener presente que la opción teórico-metodológica y empírica adoptada en este estudio considera que la dimensión de la competencia política se erige en uno de los atributos disponibles para el estudio de la calidad de la democracia. En el fondo, se trata de aprovechar las potencialidades de la teoría minimalista o procedimental para el análisis interpretativo de un problema-objeto – las elecciones brasileñas de 2018 – en el que la referida herramienta conceptual es particularmente efectiva, tanto en términos teóricos, como metodológicos y finalmente empíricos. Sea como fuere, es necesario tener siempre presente que tales investigaciones y estudios sobre la calidad de la democracia no se limitan única o exclusivamente a evaluar los resultados electorales, sino que pretenden ir más allá, quiere decir, analizar el funcionamiento y los resultados generados por el sistema. “Una concepción minimalista de la democracia no dispensa de la necesidad de pensar en un diseño institucional. Al final, la ‘calidad de la democracia’ es importante para la sobrevivencia misma de la democracia”, pondera, al respecto, Przeworski (1997, p. 30).

Es precisamente en este sentido que vale recordar las ponderaciones de autores consagrados en el estudio de la calidad de la democracia, quienes no dudan en considerar a la competencia política – y subsidiariamente a su sustrato minimalista o procesual – como una de las dimensiones disponibles en las investigaciones. Al respecto, un importante autor pondera lo siguiente,

Las elecciones competitivas son el único mecanismo creíble para que el pueblo piense que sus gobernantes gobiernan a su pedido y en su nombre. Son la herramienta de los escépticos. Las elecciones autentican la afirmación de que los gobiernos gobiernan con consentimiento activo porque prueban repetidamente esa afirmación contando votos.

[...] Pero, ¿cuándo son competitivas las elecciones? Las respuestas a esta pregunta no son obvias. Incluso los observadores internacionales de elecciones no están completamente de acuerdo sobre los criterios mediante los cuales certificarlo: los estadounidenses prefieren calificarlas de “libres y limpias”, mientras que los europeos emplean el lenguaje de “competitivas y exactas”. La principal dificultad es que la prueba de las elecciones sólo es concluyente cuando los que están en el poder pierden y dejan sus cargos de forma pacífica. Si ganan, la evidencia es muda: es posible que haya sido porque el pueblo lo deseaba o porque no tuvo la oportunidad de derrotarlos. [...] Como mínimo, debe ser verdad que cada uno tiene igual posibilidad de expresar su preferencia partidaria, cualquiera que sea, y que el resultado final de las elecciones no hubiera sido distinto con reglas diferentes. Esto es lo que significa “libres y limpias” [Przeworski, 2016, p. 258].

Concretamente, aquí se reconoce la influencia epistemológica del modelo analítico desarrollado por Leonardo Morlino (2014; 2016) para el estudio de la calidad de la democracia. Vale destacar que el modelo analítico de Morlino se asienta en la evolución conceptual de la propia teoría democrática, desde las contribuciones de la democracia liberal, pasando por los demócratas-participativos, los demócratas-deliberativos, y más recientemente los demócratas-radicales. Por razones de espacio no es posible profundizar en cada una de esas vertientes conceptuales – que en el fondo acaban siendo convergentes y mutuamente enriquecedoras. Interesa, en todo caso, constatar que el modelo analítico de Morlino recoge esa evolución teórica, y ello acaba siendo de gran relevancia para los fines del presente trabajo.

Para Morlino (2014; 2016), una ‘buena’ democracia o una democracia de calidad es, en primer lugar, un régimen legitimado y estable, donde los ciudadanos están satisfechos, ya que los gobernantes electos son capaces y están dispuestos – por la vía institucional – a atender sus necesidades y demandas (calidad de resultados); en segundo lugar, las comunidades y los ciudadanos disfrutan de libertad, ciudadanía, derechos humanos e igualdad/solidaridad más allá del mínimo vital (calidad de contenido); y en tercer lugar los ciudadanos de una democracia de calidad deben estar capacitados para monitorear y evaluar a través de elecciones – o indirectamente, por otros mecanismos e instancias – el desarrollo de las actividades del Estado y el predominio de la Ley.

En ese mismo sentido, es pertinente mencionar que el modelo analítico del politólogo italiano se desdobra en ocho dimensiones, que posibilitan la realización de los estudios de caso. Las primeras cinco dimensiones son de naturaleza procesual: (1) la Participación Política, (2) la Competencia Política, (3) la Rendición de Cuentas Electoral, (4) la Rendición de Cuentas Interinstitucional, y (5) el Estado de Derecho. Una de naturaleza resolutoria o de resultados: (6) la Responsividad. Y dos dimensiones de naturaleza substancial o de contenido: (7) las Libertades, y (8) la Solidaridad/Igualdad.

Específicamente en lo concerniente a la competencia política, Morlino (2016, p. 34) pondera que la misma “existe cuando hay más de un actor político involucrado en los procesos de toma de decisiones políticas.” El politólogo italiano comparte el criterio de la enorme relevancia de la competencia para la calidad de la democracia – aun así, haciendo referencia a las contribuciones de Arend Lijphart (2000), Morlino nos recuerda que en ciertos países, como en el caso holandés, puede existir una práctica de democracia consensual o consociativa, en la que se privilegie la concertación política entre las diferentes fuerzas políticas para construir gobiernos unificados y de amplia base de sustentación.

En términos operativos, el modelo analítico de Morlino – y que es asumido integralmente en este estudio de análisis interpretativo – recomienda que la dimensión de la Competencia Política sea ejecutado llevando en consideración tres subdimensiones específicas: a) la competencia entre actores político-partidarios (por el lado de la entrada al sistema político), b) la

competencia al interior de los partidos y otros actores político-sociales de relevancia, y c) la competencia en la formación del gabinete ministerial (por el lado de la salida del sistema político).

En efecto, por el lado de la entrada al sistema, es relevante auscultar la competencia entre actores político-partidistas, principalmente lo concerniente a la libertad de todos los partidos políticos de competir entre sí. Dicha competencia entre partidos deberá ser lo más libre, justa y equitativa posible; y además ser complementada por mecanismos de regulación electoral. He aquí una evidente correlación de la Competencia Política con la denominada Rendición de Cuentas Electoral, siendo que ambas dimensiones procuran asegurar un mínimo de disputabilidad y credibilidad para los procesos electorales y para la calidad de la democracia.

En un segundo término se presenta la competencia entre y dentro de las organizaciones políticas y sociales. Ello es importante especialmente en el contexto de gradual democratización interna de los propios partidos políticos y otras asociaciones sociopolíticas con gran influencia y relevancia en el devenir de la democracia realmente existente. Recuérdese que muchas veces los partidos políticos fueron acusados de actuar como maquinarias plebiscitarias, oligárquicas, altamente personalistas y poco inclinadas a impulsar estándares mínimos de transparencia, de renovación interna o de rendición de cuentas. Todo ello acababa siendo bastante contradictorio y contrastante en relación a las funciones de estas organizaciones políticas y otras entidades congéneres – entre ellas: sindicatos, organizaciones empresariales, organizaciones no gubernamentales, sociedad civil, tercer sector – en el marco general del perfeccionamiento de la democracia.

Y, por el lado de la salida del sistema político, aparece la competencia en la formación y el funcionamiento del gabinete ministerial – quiere decir, del propio gobierno y de la gobernabilidad, entendida como estabilidad y continuidad del gobierno. Conviene tener presente que, en países con gobiernos unificados y partidos claramente predominantes, la formación de los gabinetes es relativamente simple, ya que la mayoría de los ministros tenderían a ser militantes de una misma organización o partido político. Paralelamente, en países donde normalmente predominan gobiernos de coalición – como es el caso brasileño – la formación del gabinete ministerial implica desafíos adicionales, que pueden ser objeto de análisis desde la perspectiva de la competencia, ya que los integrantes del gabinete pueden acabar representando intereses diversos y contradictorios. Esto último también resulta en la construcción de complejos encadenamientos y acuerdos poselectorales entre elites políticas victoriosas y que normalmente representan propuestas y programas políticos específicos. Naturalmente, la formación de gobiernos de coalición acaba provocando reflejos y consecuencias tanto en el funcionamiento del gobierno, como en las relaciones entre el Ejecutivo y otros poderes del Estado, y hasta en la política externa e inserción internacional. Esto es lo que en Brasil se ha denominado el “presidencialismo de coalición”, concepto singularmente relevante para los fines del presente estudio (Limongi, 2006; Avritzer, 2016; Santander *et al.*, 2015).

En síntesis, se infiere de lo expuesto que la competencia política es una de las dimensiones más relevantes y significativas en los estudios de la calidad de la democracia. La misma está directamente correlacionada a los estudios electorales, a la democracia representativa y a los aspectos procesuales del sistema de partidos. También está asociada a otras dimensiones de la calidad de la democracia, especialmente a la rendición de cuentas electoral, a la participación política, a la Responsividad, y al Estado de Derecho. Tales correlaciones acaban demostrando afinidades electivas entre la competencia política y el modelo schumpeteriano-przeworskiano de concepción minimalista, especialmente en función del problema-objeto del presente estudio – quiere decir, el análisis de las elecciones federales brasileñas de octubre de 2018 (véase Cuadro 1 y Anexo 1). Sea como fuere, vale recordar que tanto teórica, como metodológica y empíricamente, los estudios sobre la calidad de la democracia – hacia los que adscribe la presente contribución – no se limitan única o exclusivamente a la evaluación de resultados electorales, sino también al funcionamiento y capacidad resolutoria del sistema político – incluyendo sus instituciones, sociabilidades, actores y perspectivas –, en conjunto. En consecuencia, se trata de investigaciones verdaderamente interdisciplinarias, conectadas y convergentes.

**Cuadro 1:** Resultados de las elecciones presidenciales brasileñas de 2018: Competencia por la presidencia de la República

Candidato(a)	Vice	1º turno 7 de octubre de 2018		2º turno 28 de octubre de 2018	
		Votación			
		Total	%	Total	%
Jair Bolsonaro (PSL)	Hamilton Mourão (PRTB)	49277010	46,03	57797847	55,13
Fernando Haddad (PT)	Manuela d'Ávila (PCdoB)	31342051	29,28	47040906	44,87
Ciro Gomes (PDT)	Kátia Abreu (PDT)	13344371	12,47	No participó	
Geraldo Alckimin (PSDB)	Ana Amélia Lemos (PP)	5096350	4,76		
João Amoêdo (NOVO)	Christian Lohbauer (NOVO)	2679745	2,50		
Cabo Daciolo (PATRI)	Suelene Balduino (PATRI)	1348323	1,26		
Henrique Meirelles (MDB)	Germano Rigotto (MDB)	1288950	1,20		
Marina Silva (REDE)	Eduardo Jorge (PV)	1069578	1,00		
Álvaro Dias (PODEMOS)	Paulo Rabello (PSC)	859601	0,80		
Guilherme Boulos (PSOL)	Sônia Guajajara (PSOL)	617122	0,58		
Vera Lúcia (PSTU)	Hertz Dias (PSTU)	55762	0,05		
José Maria Eymael (DC)	Helvio Costa (DC)	41710	0,04		

João Goulart Filho (PPL)	Léo Alves (PPL)	30176	0,03		
Total de votos válidos		107050673	91,21	104838753	90,43
Votos blancos		3106936	2,65	2486593	2,14
Votos nulos		7206205	6,14	8608105	7,43
Votos pendientes		746	0,01	0	0,00
Total		117346654	79,67	115933451	78,70
Abstenciones		29941171	20,33	31371704	21,30
No verificado		470	0,01	1139	0,01
Electores aptos a votar (censo)		147306295	100	147306294	100

Fuente: Tribunal Superior Eleitoral, en: <http://www.tse.jus.br/> [29 de janeiro de 2019]

### 3. La competencia en el lado de la entrada del sistema político: recomposición del sistema de partidos en nivel federal

Desde el retorno al orden constitucional y a la gobernabilidad democrática, el sistema político-partidario brasileño se caracteriza, como mencionado anteriormente, por una exuberante amplitud (Bizarro y Coppedge, 2017; Santander *et al.*, 2015; Bethell, 2002; Kitschelt *et al.*, 2010). Actualmente, existen 35 partidos políticos reconocidos por la principal autoridad electoral del país – quiere decir, por el *Tribunal Superior Eleitoral-TSE* (véase Anexo 1). Esta evidente fragmentación ha significado, por ejemplo, que, en la Cámara de los Diputados electa el día 7 de octubre de 2018 – e integrada por 513 diputados federales –, hayan sido nombrados representantes de 30 leyendas diferentes; además, se observó un alto porcentaje de renovación, puesto que casi la mitad de los diputados son novatos (véase Cuadro 2 y Anexo 1).

**Cuadro 2:** Brasil, Composición de la Cámara de los Diputados, según resultados de las elecciones legislativas del 7 de octubre de 2018\*

Partido	Bancada	Partido	Bancada	Partido	Bancada
PT	54	PDT	28	AVANTE	7
PSL	52	SD	13	PHS	6
PP	38	PODE	11	PATRI	5
PSD	35	PSOL	10	PRP	4
MDB	34	PTB	10	PV	4
PR	33	PCdoB	9	PMN	3
PSB	32	NOVO	8	PTC	2
PRB	30	PPS	8	REDE	1
PSDB	29	PROS	8	DC	1
DEM	29	PSC	8	PPL	1
				Total	513

Fuente: Câmara dos Deputados, en: <https://www2.camara.leg.br/camaranoticias/noticias/POLITICA/570698-CAMARA-DOS-DEPUTADOS-REINICIARA-TRABALHOS-COM-NOVA-COMPOSICAO-PARTIDARIA.html> [29 de enero de 2019]. \*

Conviene tener presente que la cantidad efectiva de diputados en cada bancada es variable, en función del denominado transfuguismo político.

Una situación de alta fragmentación y de considerable renovación también se ha observado en el Senado, institución que colocó en disputa a dos tercios de sus 81 curules en ese mismo día. En consecuencia, según los resultados del 7 de noviembre, la legislatura iniciada en febrero de 2019 ha pasado a tener senadores de 20 partidos políticos diferentes (véase Cuadro 3 y Anexo 1).

**Cuadro 3:** Brasil, Composición del Senado, según resultados de las elecciones legislativas del 7 de octubre de 2018

Partido	Bancada	Partido	Bancada	Partido	Bancada
MDB	12	PDT	4	PTC	1
PSDB	8	PSL	4	PRB	1
PSD	7	PTB	3	PROS	1
DEM	6	PR	2	PRP	1
PT	6	PPS	2	PSC	1
PP	6	PHS	2	SD	1
REDE	5	PSB	2	---	---
PODE	5	PSB	2	---	---
				Total	81

Fuente: Senado Federal, en: <https://www12.senado.leg.br/hpsenado>, [30 de enero de 2019]

Conviene agregar que los únicos cinco partidos legalmente reconocidos sin representación en el Parlamento federal – quiere decir, partidos extraparlamentarios – son: PRTB, PCO, PCB, PMB y PSTU. Por otro lado, al menos 10 nuevos partidos políticos están en formación. Concomitantemente, algunos de los partidos que consiguieron elegir representantes tendrán que ajustarse a los criterios de una cláusula de barrera inaugurada en 2018, y que excluirá algunas organizaciones políticas minoritarias de recibir recursos financieros públicos y de garantizar el uso de tiempo de propaganda gratuita en los medios de comunicación.

Esa evidente fragmentación partidaria predominante desde la década de 1980 ha terminado instituyendo el denominado presidencialismo de coalición (Bizarro y Coppedge, 2017; Limongi, 2006; Moisés y Meneguello, 2013). Quiere decir, en ausencia de partidos claramente hegemónicos y dominantes, frecuentemente la gobernabilidad democrática ha sido asegurada mediante la conformación de alianzas político-partidarias, de naturaleza pragmática y generalmente con inclinaciones oportunistas. Entre otros desdoblamientos, ello ha dado lugar a

un considerable margen para la corrupción política. Vale agregar que, prácticamente desde el retorno al orden democrático, los principales partidos políticos brasileños habían sido el Partido de los Trabajadores (PT), el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) y el Movimiento Democrático Brasileño (MDB).

Efectivamente, predominaron, en la esfera federal, entre 1994 y 2018, el PT (de Luiz Inácio Lula da Silva y Dilma Rousseff) y el PSDB (Fernando Henrique Cardoso), como principales partidos en la competencia política. Y el MDB (Michel Temer) normalmente terciaba entre los referidos polos de centro-izquierda y centro-derecha respectivamente (Ribeiro, Vizoná y Cassotta, 2016; Avritzer, 2016). Sea como fuere, este modelo esencialmente bipartidista PT-PSDB ha entrado en proceso de recomposición, especialmente con el *sorpasso* del hasta ahora minoritario Partido Social Liberal-PSL – organización política a la que Jair Bolsonaro y seguidores recién se afiliaron en marzo de 2018, con el propósito inmediato de competir por la presidencia de la República (véase Cuadro 4 y Anexo 1).

**Cuadro 4:** Brasil, Partidos por Ideología Partidista

Derecha	Centro-derecha	Centro	Centro-izquierda	Izquierda
PSC	DEM	MDB	PDT	PSOL
PP	PTC	PSDB	PT	PSTU
PHS	PMB	PRB	PSB	PCB
PATRI	PR	PV	PCDOB	PCO
PRTB	PRP	REDE		
PODE	PPL	PMN		
NOVO	PSD	PPS		
PROS	SD	DC		
AVANTE	PTB			
PSL				

Fuente: Elaboración propia fundamentada en el análisis de documentos doctrinarios de los partidos políticos.

Evidentemente, esa convergencia entre el PSL y Bolsonaro es fundamentalmente coyuntural, episódica y pragmática. De un lado, el hasta ahora minoritario partido de derecha ha conseguido erigirse en una potente máquina electoral con representantes en casi todo el país, con gobiernos provinciales en tres unidades de la federación brasileña: Roraima, Santa Catarina y Rondônia; bien como cargos electos en un sinnúmero de municipios, y una fuerte bancada en el parlamento federal. Este *sorpasso* del PSL con relación a otros partidos de la derecha y del sistema de partidos, en su conjunto, claramente se debe al liderazgo de Bolsonaro y especialmente a la identidad partidaria negativa de muchos electores brasileños – quiere decir, al así llamado voto antipetista (Paiva, Krause y Lameirão, 2016; Gimenes, 2019). Evidentemente, en ausencia de una identidad partidaria realmente consistente, y delante de la hipótesis de una ruptura con el grupo

bolsonarista, el PSL volverá a ser un partido minoritario. Inversamente, Bolsonaro necesitaba de un partido pequeño, que pudiese ser controlado a su antojo y, especialmente, que no tuviese casos de corrupción política entre su dirigencia histórica. Esto último para dar alguna credibilidad a su alegada y propagandeada lucha contra la corrupción y el crimen organizado. Al respecto, acertadamente Marta Lagos (2018, p. 13) pondera lo siguiente:

Estas elecciones en Brasil marcan el inicio de una nueva época después del fin de la tercera ola, donde las democracias entran en estados intermedios, los sistemas de partidos y la representación en crisis, con liderazgos que se comen las instituciones y debilitan los estados, a la vez que entran a gobernar en situaciones que constituyen sustitutos de instituciones ya débiles.

En consecuencia, las elecciones de 2018 han demostrado la existencia de una derecha electoralmente competitiva, desinhibida y en acelerado proceso de enraizamiento popular. Se trata de un giro a la derecha, con evidentes consecuencias en casi todo el país – con excepción de la región Nordeste del Brasil, donde la izquierda, en general, y el PT, en particular, continúan ejerciendo una alta influencia política y social.

Resta saber si el nuevo gobierno brasileño continuará aplicando las prácticas políticas usuales de negociaciones poco republicanas en el Congreso, con el propósito de implementar su agenda. Recuérdese que, hasta ahora, las relaciones entre el Ejecutivo y el Legislativo han dependido, en gran medida, de la habilidad y de los recursos que el primero ha podido movilizar en favor de sus aliados y clientes en el parlamento. Ciertamente, ello ha resultado en numerosos casos de corrupción política que han hecho mella en casi todo el espectro de la sociedad política del país, especialmente desde 2013 (Avritzer, 2017). La exuberante y casi mesiánica retórica de Bolsonaro ha denunciado estas prácticas tradicionales de la política local. Y en medio a la crisis política de los últimos tiempos, el nuevo gobierno propone algunos pactos programáticos de orientación liberal en lo económico, conservador en lo sociocultural, e ideológicamente polarizado en lo político-partidario – quiere decir, en el eje derecha-izquierda; lo que supondría una recomposición de la principal contradicción petismo/lulismo-antipetismo/bolsonarismo (Paiva, Krause y Lameirão, 2016). Por tanto, no se puede dejar de elucubrar si los resultados de las elecciones de octubre de 2018 acabarán representando: ¿el fin de la crisis, o una crisis sin fin?

#### **4. Competencia entre los actores político-sociales: abuso de poder religioso, discurso de odio en las redes sociales y el devenir de las oposiciones desde la campaña electoral de 2018**

Algunos elementos claves para comprender los resultados de las elecciones de octubre de 2018 han sido la fuerte influencia de los pastores de las iglesias evangélicas, de un lado, y la masiva e intencionada campaña de desinformación y propagación de discurso de odio implementada en las redes sociales (Facebook, WhatsApp) especialmente en favor del candidato Bolsonaro. En tercer lugar, no pueden ser ignorados ni desdeñados los desdoblamientos y consecuencias del atentado político sufrido por el candidato del PSL, durante un acto de campaña en la ciudad de Juiz de Fora, el día 6 de agosto de 2018.

Con relación al primer tópico, parece importante confirmar que las iglesias evangélicas han conseguido importantes progresos, enraizamiento y penetración en el conjunto de la sociedad brasileña, incluso en sectores sociales subalternos y vulnerables. Obsérvese que, en términos estructurales, Brasil está experimentando una importante y significativa transformación en las identidades, preferencias y adscripciones religiosas de sus habitantes. El otrora predominio católico está evidentemente en crisis. Numéricamente, la población que se considera católica practicante está en sensible disminución. Y es bastante probable que, hacia 2040, el Brasil se transforme – junto a Chile y a Guatemala – en uno de los primeros países con mayoría evangélica en el continente latinoamericano. Inversamente, la penetración del conjunto de las iglesias evangélicas – quiere decir, luteranos, calvinistas, baptistas y neopentecostales, entre otras – ha sido extremadamente rápido, principalmente en las comunidades urbanas periféricas y en las áreas rurales.

Divulgando una teología de la prosperidad individual, y comandada colectivamente por un conjunto de vociferantes líderes – entre ellos los pastores Silas Malafaia, Magno Malta, Edir Macedo y Marco Feliciano –, las iglesias evangélicas se han transformado también en poderosos conglomerados económico-culturales, principalmente en el campo de los medios de comunicación – televisión, radio, Internet. Asimismo, las iglesias evangélicas han llegado a regiones vulnerables virtualmente abandonadas por otras instituciones religiosas, gubernamentales o político-partidistas (Oualalou, 2018; Löwy, 1999).

Mismo que en más de alguna ocasión dichos líderes religioso-políticos han socavado, en los hechos, el principio de laicidad del Estado, su presencia en el legislativo, impulsando una agenda socialmente conservadora – y hasta fundamentalista –, ha sido marcada e influyente. He aquí la así llamada Bancada de la Biblia. Siendo que sus iniciativas, generalmente presentadas en favor de una concepción idílica, esencialista y tradicional de la familia, normalmente acaban confrontando las reivindicaciones de género, de raza, de orientación sexual, o de derechos reproductivos; estas últimas normalmente enarboladas por los partidos de izquierda, especialmente por el PT y confluencias. He aquí el origen de una feroz contradicción entre instituciones socio-religiosas, de un lado, y político-sociales, de otro.

Sea como fuere, en mayo de 2016, Jair Bolsonaro decidió aceptar un bautismo y su conversión por medio de una institución evangélica local – la iglesia Asamblea de Dios. Y desde, entonces, no dejó de cortejar al conjunto de pastores evangélicos del país. Ello se hizo

particularmente evidente en el contexto de un atentado político que el candidato del PSL sufrió, el día 6 de agosto de 2018, cuando fue acuchillado, en el marco de un acto de campaña, por un ciudadano con aparente desequilibrio psicológico. En el contexto de esa frustrada tentativa de magnicidio, los principales líderes evangélicos del país se manifestaron de forma clara y categórica en favor del candidato del PSL, elevando vertiginosamente sus intenciones de voto. De ahí que sus victorias electorales, tanto en la primera vuelta (7 de octubre de 2018) como en la segunda vuelta (28 de octubre de 2018), hayan terminado siendo ampliamente saludadas en los templos del país. Así las cosas, Bolsonaro puede ser considerado como el primer presidente evangélico electo desde la redemocratización – y posiblemente en la historia del país.

Desde la perspectiva del principio de la laicidad del Estado y de la calidad de la democracia, que es lo que interesa para los fines del presente ensayo, la alta, creciente y desinhibida influencia política de los pastores evangélicos coloca interrogantes y alguna preocupación por el devenir de la calidad de la democracia en el país. Esto es así, principalmente, por sus efectos en la socialización, en diálogo inter-religioso, y en los posibles abusos del poder religioso que tales manifestaciones pueden acabar generando.

El segundo tópico de particular interés de la campaña fue el masivo – e intencionado – uso de las redes sociales, principalmente del WhatsApp, para divulgar noticias falsas. Más que propaganda irregular, esa campaña masiva en favor del candidato del PSL – comprobadamente financiada por parte del empresariado (Pires, 2018) – provocó gran desinformación, un desaforado discurso de odio, y posible abuso de poder económico (crimen electoral).

Aunque por razones de espacio no sea posible profundizar en este tópico, si parece pertinente ponderar que la penetración de las redes sociales (Internet) ha sido muy fuerte y evidente en Brasil – principalmente entre los adultos y jóvenes. Al mismo tiempo, empresas privadas se han especializado en ofrecer servicios de propaganda, comunicación y marketing político que incluyen tanto enaltecer la imagen y el prestigio del propio candidato, como también deconstruir y eventualmente denegrir a los opositores. Ello es agravado por el discurso de odio propagandeado, y también por el posible anonimato que prevalece en las propias redes sociales (Naïr, 2019). Recuérdese, además, que incluso en otros países con democracias maduras han ocurrido no pocos casos y escándalos de manipulación de la opinión pública en las redes sociales con fines electorales.

He aquí un caso paradigmático del uso malicioso y espurio de la tecnología con fines político-electorales, lo que no deja de afectar negativamente el devenir de la calidad de la democracia brasileña. Inversamente, vale destacar la confiabilidad y la eficiencia de la tecnología electoral implementada por las autoridades electorales, con destaque para la internacionalmente reconocida urna electrónica brasileña – en uso desde 1996.

En lo concerniente al devenir de las oposiciones parece importante observar que, después de seis elecciones presidenciales consecutivas dominadas por una virtual hegemonía bipartidista

centrada en las coligaciones formadas por el PT y por el PSDB, el sistema partidario brasileño ha experimentado mutaciones muy importantes en 2018. Efectivamente, hasta recientemente el PT y el PSDB eran prácticamente los únicos partidos con vocación presidencial en las competencias políticas nacionales (véase Cuadro 5). Ambas organizaciones político-partidarias se alternaron en el poder durante 24 años y determinaron la evolución de la estructura de la competencia incluso en comicios legislativos, provinciales, municipales y distritales (Moisés y Meneguello, 2013).

Aunque por razones de espacio no sea posible ahondar en este tópico, es evidente que dicha hegemonía dual en la competencia por la presidencia de la República reposaba en los altos costos de entrada que dichos comicios suponen para los interesados. De ahí que no pocos partidos, incluyendo organizaciones políticas relativamente robustas o medias – entre otras el MDB, PP, DEM, PSB –, muchas veces acababan escogiendo otras alternativas y estrategias político-electorales más favorables, principalmente con vistas a un fuerte enraizamiento en las provincias y a la formación de bancadas voluminosas y considerables en los parlamentos federal, provincial o municipal.

Sea como fuere, las masivas demostraciones de protestas ciudadanas realizadas en todo el territorio brasileño desde 2013, enarbolando públicamente reivindicaciones de moralidad y ética pública, favorecieron el despertar de una alternativa político-social liberal-conservadora-derechista, hasta el momento huérfana de expresión partidista con efectiva vocación presidencialista (da Silva *et al.*, 2014). En esta coyuntura, un partido hasta ahora minoritario y poco conocido, quiere decir, el PSL, virtualmente cooptado y reorganizado bajo el patrocinio del candidato Jair Bolsonaro y su grupo de apoyo, ha logrado, como se sabe, movilizar masivamente militantes de centro y de extrema-derecha, venciendo categóricamente en las urnas, y asumiendo el poder.

¿Cómo salen las oposiciones de las elecciones presidenciales de 2018? El sorprendente y dramático fenómeno del bolsonarismo – entendido aquí como una propuesta político-partidista de extrema-derecha (Jiménez, 2018), comparable a los movimientos populistas encabezados, entre otros, por Donald Trump, Matteo Salvini, Viktor Orbán o Marine Le Pen – presupone importantes desafíos a las oposiciones de centro e izquierda.

Considerando apenas los resultados del primer turno (véase Cuadro 5), es evidente que el PT consiguió mantener un capital político relativamente considerable, aún después de importantes y conocidas vicisitudes, entre otras, el impedimento presidencial de Dilma Rousseff, la detención de altos personeros del partido – incluyendo a su líder histórico Luiz Inácio Lula da Silva –, y graves acusaciones de corrupción y otros desvíos de conducta que aún están siendo investigados.

En ese difícil contexto, el haber mantenido una votación mínima de 30 por ciento del electorado es una conquista altamente significativa y relevante para la alianza política centro-izquierdista encabezada por el candidato Fernando Haddad. Más aún, el PT continúa siendo el

único partido que logró mantenerse como primero o segundo en todos los procesos electorales presidenciales celebrados desde 1989 – por tanto, no pocos analistas lo consideran como el único partido de masas en el sentido duvergeriano de la expresión. Aparentemente, esa consistencia y vocación presidencial en las competencias político-partidarias también tiene mucho que ver con la fuerte identidad partidista de sus militantes, cuadros y simpatizantes (Gimenes, 2019; Speck, Braga y Costa, 2015; Kitschelt *et al.*, 2010).

En ese orden de ideas, conviene tener presente que, en ausencia de Lula, principal interlocutor e intérprete del PT, y posiblemente uno de los políticos más influyentes del Brasil – pero impedido judicialmente de competir nuevamente en las elecciones de 2018 para la presidencia de la República y además detenido en prisión en virtud de algunas condenas y denuncias<sup>3</sup> –, el efecto de transferencia de votos, la manutención del capital político y la recomposición de la bancada petista y de aliados en el Parlamento será crucial para el devenir de las oposiciones democráticas. Vale agregar que la resiliencia del PT continúa siendo bastante consistente, al grado que, individualmente, dicho partido logró elegir la bancada más numerosa en la Cámara de los Diputados, y una de las más importantes en el Senado.

Todo ello sin olvidar que, mismo después de su asunción a la presidencia de la República, Jair Bolsonaro a mantenido un discurso y una retórica político-partidista fuertemente maniqueísta, reaccionaria, sectaria y antipetista. En tal contexto, es bastante probable que la polarización PT-Bolsonaro consiga mantener a Lula, a Gleisi Hoffmann, a Fernando Haddad y otros dirigentes y militantes petistas como los opositores naturales al gobierno recién electo.

Muchísimo más compleja parece ser la situación del otrora partido predominante en el campo centro-liberal, quiere decir, del PSDB. Desde su fundación, a fines de la década de 1980, el PSDB siempre estuvo entre los dos partidos más votados del país – con excepción de las elecciones de 1989, en las que acabó en cuarto lugar, con 11,5% de la votación del primer turno. Dramáticamente, en los comicios de 2018, el PSDB, encabezado por su candidato Geraldo Alckmin, experimentó una terrible derrota electoral, logrando menos de 5% de la votación (cuarto lugar entre los candidatos más votados).

El desmoronamiento del PSDB no fue aún más terrible al mantener algunos gobiernos provinciales sumamente importantes, entre ellos el del Estado de São Paulo. Entretanto, la larga travesía por el desierto y las derrotas en las cinco últimas elecciones colocan en duda la propia vocación presidencial de esta importante institución política. El asunto es aún más grave al tomar nota que buena parte de su antigua militancia y masa de votantes han decantado hacia una

---

<sup>3</sup> Al respecto, Marta Lagos (2018, p. 13) ponderaba lo siguiente: “Más allá de su condena por corrupción y la cárcel, Lula sigue siendo el político más popular en Brasil hasta antes de bajarse de la carrera presidencial llevaba por lejos la delantera en intención de voto en las encuestas electorales. Es decir, sus adherentes no creían en su culpabilidad. La eliminación de Lula en la carrera presidencial transforma la carrera presidencial porque Lula parecía el único capaz de ganar la presidencia para la izquierda y le abre el camino a la derecha.”

propuesta político-partidista mucho más conservadora, como la representada por Bolsonaro y su grupo de apoyo.

Aún dentro del propio partido, el debate entre los “históricos” del PSDB – quiere decir: Fernando Henrique Cardoso, José Serra y el propio Alckmin (Varón, 2019) – y los emergentes del partido – con destaque para el nuevo gobernador de São Paulo João Doria, claro simpatizante del entonces candidato y actual presidente Bolsonaro (Frias, 2019) – puede acabar resultando en un gravísimo conflicto interno, particularmente en el campo ideológico; debilitando y hundiendo definitivamente al partido socialdemócrata. La otra hipótesis plausible podría ser la refundación del PSDB desde una perspectiva más conservadora, que incluya una eventual candidatura del propio João Doria a la presidencia de la República, en 2022 – y una total renovación de líderes y cuadros del partido (Kotscho, 2019). Sea como fuere, la vocación presidencial del PSDB parece estar actualmente en la incerteza. Y su oposición al gobierno de Bolsonaro aún deberá ser confirmada en los hechos, especialmente en el Congreso Nacional, donde dicho partido congrega la segunda bancada en el Senado y la novena bancada en la Cámara de los Diputados (véase Cuadros 2, 3 y 5).

**Cuadro 5:** Competencia política en elecciones presidenciales (primer turno), 1989-2018

	Año con elecciones presidenciales							
	1989	1994	1998	2002	2006	2010	2014	2018
Número absoluto de candidatos presidenciales	21	8	12	6	7	9	11	13
% votos al PT	17.2	27.1	31.7	46.4	48.6	46.9	41.6	29.3
% votos al PSDB	11.5	54.2	53.1	23.2	41.6	32.6	33.6	4.8
PT+PSDB	28.7	81.3	84.8	69.6	90.2	79.5	75.2	34.1

Fuente: Tribunal Superior Eleitoral, en: <http://www.tse.jus.br> [29 de janeiro de 2019]

En situación semejante aparecen los casos de los candidatos Marina Silva y Ciro Gomes. La primera experimentó una masiva y drástica reducción del considerable capital político que logró acumular en las dos últimas elecciones presidenciales, en las cuales había conquistado alrededor del 20% del electorado – un hecho altamente significativo. Vinculada e identificada con la doctrina del ambientalismo, la sustentabilidad y el ecologismo, Marina había logrado desarrollar un liderazgo carismático bastante atrayente y seductor, especialmente en la clase media urbana, entre los electores evangélicos y en segmentos liberal-conservadores.

Con relativamente pocos recursos financieros y modestas alianzas político-partidarias principalmente en las provincias, ella había logrado votaciones extremadamente altas en 2010 (19,3% de los votos válidos en el primer turno, y tercer lugar entre los candidatos presidenciales) y en 2014 (21,3% de los votos, y tercer lugar entre los candidatos). La vocación presidencial de

Marina en el marco de la campaña de 2018 era, inicialmente, muy alentadora. Sin embargo, a lo largo de la campaña el discurso y las propuestas políticas más conservadoras y esencialistas de otros candidatos, bien como la escasez de recursos financieros y las poco productivas alianzas con otros partidos, acabaron limitando muchísimo las expectativas de la candidatura. Y finalmente Marina acabó perdiendo su capital político, terminando con alrededor de 1% de la votación y el discreto octavo lugar entre los candidatos más votados en el primer turno de las elecciones de 2018.

El futuro político de Marina Silva y de su partido *Rede Sustentabilidade* (REDE) parecen bastante endebles al momento de escribir el presente trabajo. El insatisfactorio resultado de su candidatura presidencial y la elección de un único diputado federal auguran limitadas perspectivas. Sorprendentemente, los resultados presidenciales de la REDE contrastan con una situación mucho más confortable en el Senado; ya que dicha organización ha logrado constituir una minibancada de cinco senadores, que serán cruciales en futuras votaciones. Sea como fuere, se puede dar por sentado que Marina Silva se pronunciará desde la oposición al gobierno del presidente Bolsonaro, incluso porque algunas de las políticas ambientales anunciadas por el nuevo gobierno son contrarias a lo propugnado por el movimiento ambientalista brasileño (Venaglia, 2019). En ese contexto, una eventual candidatura al Senado brasileño parecer ser el camino más viable para el futuro político de la referida candidata presidencial.

Paralelamente, Ciro Gomes, candidato por el *Partido Democrático Trabalhista* – el PDT, de centro y orientación laborista –, logró un resultado bastante significativo y relevante, con 12,5% de la votación (tercer lugar entre los candidatos en el primer turno). Ese resultado favorable en la elección presidencial generó algunos encadenamientos y desdoblamientos virtuosos con el campo legislativo federal, ya que se pudo constituir una considerable bancada en la Cámara (29 diputados). Entretanto, algunas limitaciones financieras, una modesta coligación con partidos aliados relevantes y una turbulenta relación con el liderazgo del PT colocan luces y sombras en su capacidad de erigirse como principal interlocutor desde la oposición del nuevo gobierno brasileño.

Por el momento, Ciro Gomes parece intentar articular – junto con Marina Silva y los líderes históricos del PSDB – un frente opositor al gobierno bolsonarista, pero sin la presencia o influencia del PT. En otras palabras, se trataría de una oposición suprapartidaria contra Bolsonaro y sin el PT (Fernandes Jr., 2019). Ciro, Marina y el PSDB parecen apostar por la continuidad de un sentimiento fuertemente antipetista en segmentos considerables de la sociedad brasileña. Dicho sentimiento antipetista favoreció muchísimo la candidatura del PSL en las elecciones de 2018, ya que numerosos electores del PSDB y de Marina acabaron migrando para el discurso polarizado desarrollado por Bolsonaro. Caso consiga erigir y encabezar dicho frente opositor suprapartidario, Ciro podría recomponer el centro político brasileño. Quiere decir, un centro político que acabó bastante maltrecho en las elecciones de 2018. Todavía, es evidente que las iniciativas opositoras suprapartidarias impulsadas por Ciro Gomes acabarán siendo resistidas no

solamente por el nuevo gobierno brasileño, como también por la oposición más a su izquierda, quiere decir, por el PT y otros partidos semejantes.

Finalmente, parece apropiado apuntar la persistente dificultad de ponderar las directrices y perspectivas del *Movimento Democrático Brasileiro* – quiere decir, del MDB, centro. El MDB es uno de los mayores y más tradicionales partidos brasileños. Entretanto, hace bastante tiempo dicho partido abdicó de mantener una vocación presidencialista. Así las cosas, el referido partido – devenido en “movimiento” para intentar reorganizar y motivar a su militancia – ha privilegiado la formación de bancadas legislativas federales, provinciales y municipales. Esa capilaridad y enraizamiento del MDB en los poderes legislativos del país – especialmente en el Senado –, además de la flexibilidad y del oportunismo político de su liderazgo, le han permitido a la dirigencia adaptarse y terciar delante de sucesivos ejecutivos encabezados por petistas y por pesedebistas, desde la década de 1990.

Con una bancada numerosa en el Parlamento – esto es, 12 senadores y 34 diputados –, y con numerosos gobernadores provinciales y alcaldes municipales, el MDB parece dispuesto a mantenerse en la ambigüedad, en el oportunismo y en el pragmatismo durante el presente período presidencial. Ello implica impulsar un diálogo crítico con el Ejecutivo, y el intercambio de vital apoyo parlamentario para aprobar las reformas y las leyes de interés del gobierno bolsonarista – particularmente en el Senado, donde el MDB cuenta con la primera bancada. En contrapartida, algunas reivindicaciones más o menos republicanas ciertamente serán colocadas a la consideración del Ejecutivo. Vale agregar que tradicionalmente el MDB opera como una virtual federación, en la que no faltan alas favorables y opositoras a cualquier gobierno. Por lo tanto, no parece incorrecto prever alguna oposición del ala más desarrollista y progresista del referido partido hacia el Ejecutivo federal.

Trayectoria semejante parece plausible proyectar para otros partidos medios y pequeños, colectivamente denominados en la jerga política brasileña como el *Centrão*. Quiere decir, un conjunto de agremiaciones de centro-derecha que se colocan a disposición del Ejecutivo a cambio de algunos beneficios clientelistas, pecuniarios, patrimonialistas y eventualmente antirrepublicanos.

Conviene agregar que, con una experiencia de casi treinta años como diputado federal, el presidente Bolsonaro y su equipo de gobierno parecen bien experimentados y dispuestos a construir una mayoría persistente, alta y creciente tanto para implementar su programa de gobierno y cooptar otras organizaciones de centro-derecha, como para lidiar con una oposición en proceso de reorganización. Se infiere de lo anterior que tanto gobierno como oposición mantendrán un duro y continuado pulso político-partidista en las instancias correspondientes. Y las vocaciones y aspiraciones por la competencia política retomarán su curso a partir de 2020, cuando se celebrarán elecciones municipales. Todo ello sin olvidar que el propio Bolsonaro aparentemente estaría dispuesto a no disputar una eventual reelección presidencial en 2022,

siempre y cuando su programa de gobierno sea efectivamente aprobado e implementado en el presente período (Veja, 2018).

## **5. La competencia en el lado de la salida del proceso político: la formación del gabinete ministerial**

Luego después de su inapelable, masiva y hasta consagrada victoria en el segundo turno de las elecciones brasileñas – con 57 millones de votos, quiere decir, uno de los actuales líderes mundiales con mayor votación, junto a Donald Trump y el presidente indonesio Joko Widodo –, el presidente-electo se abocó a la conformación de su gabinete ministerial. Desde la perspectiva de la dimensión de la competencia política, que es lo que interesa para los fines del presente estudio, una breve reflexión sobre la composición y las posibles disputas interburocráticas al interior del gabinete es, salvo mejor interpretación, importante, pertinente y apropiado.

De hecho, los estudios sobre competencia política y calidad de la democracia recuerdan que los gabinetes reflejan la correlación de fuerzas, partidos políticos y grupos de interés. En términos prácticos, ello se vincula con la capacidad de formular e implementar impulsar políticas públicas prioritarias, atender las demandas de la población, ejercer el mandato popular, y asegurar la gobernabilidad. Esto último es particularmente relevante en países gobernados por coaliciones político-partidistas, en las que termina siendo imprescindible acomodar en el gobierno a las demandas e intereses de los partidos aliados, ya que ello ciertamente terminará generando encadenamientos en el parlamento y en los gobiernos provinciales y municipales.

Así las cosas, luego de su asunción como presidente de la República, Jair Bolsonaro nombró un primer gabinete integrado por 22 ministros – siendo 20 hombres y 2 mujeres. No cabe duda de que el nuevo gabinete ministerial expresa claramente las preferencias e influencias político-ideológicas del mandatario. Asimismo, la dilatada experiencia del nuevo presidente en el Parlamento, en calidad de diputado federal entre 1990 y 2018, le pudo haber facilitado la negociación de acuerdos políticos sumamente sensibles y significativos para el devenir de su administración.

También parece importante ponderar que durante su carrera política como diputado federal, Bolsonaro se mantuvo como parte del denominado “bajo clero” parlamentario. Quiere decir, de la masa de representantes sin mayores destellos o habilidades de convencimiento o de liderazgo constructivo, pero lo suficientemente numerosos como para incidir en la agenda legislativa. En otras palabras, un “bajo clero” integrado por aproximadamente 300 diputados federales capaces, en los hechos, de viabilizar o inviabilizar las iniciativas y prioridades gubernamentales (Brum, 2019a).

Teniendo en cuenta que la bancada electa por el propio PSL en el Congreso nacional fue de apenas 52 diputados federales y 4 senadores, el nuevo presidente y su principal asesor político, Onyx Lorenzoni – ministro de la Casa Civil y principal coordinador político del gobierno –, se propusieron formar un gabinete ministerial efectivo, eficiente, leal y cohesionado. Obsérvese que, para garantizar un mínimo de gobernabilidad – lo que incluye aprobar leyes y evitar el bloqueo o la paralización administrativa por acciones de la oposición –, el Ejecutivo federal brasileño necesita del apoyo de al menos 350 diputados y 50 senadores.

En ese contexto, y mismo reconociendo que en el momento de escribir este texto el nuevo gobierno brasileño está apenas comenzando su mandato, parece evidente que en el nuevo gabinete ministerial cohabitan al menos tres subgrupos o núcleos básicos de ministros. Eses tres subgrupos o núcleos básicos de ministros podrían corresponder y ser identificados en función de lo que en la jerga política brasileña es denominado de la política del Buey, de la Biblia y de la Bala - *Boi, Bíblia e Bala*, o simplemente BBB (Stefanoni, 2018).

En términos operativos, el subgrupo o núcleo ministerial identificado con el Buey representa a los terratenientes, a los actores más vinculados al agronegocio, al sector productivo y empresarial, a la burguesía y, en términos más amplios, a un pensamiento liberalista tardío, de evidente inspiración neomonetarista. Ciertamente, este subgrupo o núcleo ministerial está encabezado por el “superministro” de Economía Paulo Guedes. Doctor en Economía por la Universidad de Chicago y exprofesor de la Universidad de Chile, además de vinculado al capital financiero brasileño, Guedes se convirtió desde 2017 en el principal asesor económico de Bolsonaro. Prácticamente todos los principales integrantes del equipo económico del nuevo gobierno fueron propuestos y/o avalados por Guedes – entre ellos, los ministros de Agricultura, Turismo, Medio Ambiente, Banco Central (Mendonça, 2019).

La principal tarea de este agrupamiento de ministros ultraliberales es reactivar la economía. Para tanto, considerase necesario impulsar sendas reformas económicas, especialmente en el campo previsional, hacendario, laboral, comercial y financiero, bien como acelerar el proceso de desburocratización, la privatización de empresas públicas y, en general, la reprimarización de la economía. El así llamado “modelo económico chileno”, en el cual Guedes participó como académico y consultor, parece ser una referencia importante (Benites, 2019).

Un segundo subgrupo o núcleo dentro del gabinete ministerial parece identificarse con una interpretación de enseñanzas bíblicas, con el esencialismo y con el nacionalismo religioso – quiere decir, con preceptos y dogmas morales, éticos, ideológicos y mágico-religiosos; lo que podría ser considerado contradictorio en el marco general de un Estado formalmente laico. Integrado por un ala evangelista – especialmente neopentecostal, la que, como dicho anteriormente, ha crecido sostenida y exponencialmente en los últimos tiempos (Oualalou, 2018; Löwy, 1999) – y por un ala neoconservadora – fuertemente correlacionada a las enseñanzas y recomendaciones del controversial doctrinador Olavo de Carvalho –, este subgrupo o núcleo está

claramente representado por los ministros Ernesto Araújo (Relaciones Exteriores), Damara Alves (Mujer, Familia y Derechos Humanos) y Ricardo Vélez Rodríguez (Educación).

Haciendo uso de una exuberante y hasta preconiliar retórica mágico-religiosa, este subgrupo o núcleo del gabinete ministerial pretende reimponer una concepción esencialista, fundamentalista y neoconservadora de la sociedad brasileña (Brum, 2019b). Alegase la necesidad de combatir un renovado peligro o amenaza marxista, multiculturalista, sexista, y/o globalista (Jucá, 2019). Se denuncia una posible conspiración antinacionalista, especialmente de parte de la ideología de género, de los militantes que luchan por la igualdad racial y otros movimientos sociales clasistas – todos ellos potencialmente disgregadores, criminales y eventualmente terroristas (Alessi, 2019a). Paralelamente, en el plano externo, propugnase por una inserción internacional soberana, judeocristiana y claramente occidentalista – quiere decir, primer-mundista (Della Colleta, 2018).

No parece incorrecto ponderar que esta curiosa y sorprendente propuesta político-ideológica es del agrado de un sustrato neoconservador y esencialista bastante numeroso, fuertemente influenciado por las iglesias evangelistas neopentecostales y por segmentos tradicionalistas que, después de muchos años en el ostracismo, han conseguido recomponerse – principalmente desde las masivas protestas populares que iniciaron en 2013 (Avritzer, 2017). En suma, se trata de un discurso esencialista, neoconservador y eventualmente libertario – en el sentido estadounidense de la expresión.

En tercer lugar, pero no menos importante, aparece el subgrupo o núcleo ministerial asociado a la Bala – quiere decir, a la seguridad pública, a la defensa y a la provisión de justicia. De forma general este subgrupo de ministros está integrado por políticos oriundos de las fuerzas armadas y de seguridad pública, de un lado, y de los aparatos judiciales, de otro. Posiblemente, la figura más descollante de este agrupamiento sea el “superministro” de Justicia y Seguridad Pública Sérgio Moro (El País, 2019a).

Catapultado al escenario político-social nacional desde su – controversial – actuación como juez en el proceso popularmente conocido como *Operação LavaJato*, Sérgio Moro logró acumular un importante capital político y una imagen de firme defensor de la sociedad frente a la impunidad, a la corrupción política y al crimen organizado. Es bastante probable que la participación del referido exjuez en el gabinete ministerial de Bolsonaro este, de alguna forma, vinculada o correlacionada a una eventual carrera política del primero, con vista a una futura sucesión presidencial. En otras palabras, podría tratarse de ampliar su propia base de sustentación política y perfilarse como un posible sucesor del actual mandatario. Naturalmente, esta hipótesis dependerá de su desempeño en un cargo particularmente complejo, delicado y espinoso, haya vista, para comenzar, por el problemático relacionamiento que deberá establecer con colegas de trabajo – e incluso familiares muy próximos del mandatario – que también tienen cuentas pendientes con el sistema judicial.

Más allá de la descollante figura de Sérgio Moro, no es posible desdeñar que el gabinete de Bolsonaro también está integrado por siete ministros que presentan alegados antecedentes y vínculos profesionales con las fuerzas armadas – especialmente con el Ejército. El asunto es importante no solamente por tratarse de una administración encabezada por un militar en reserva, téngase presente que Bolsonaro llegó a ser capitán del ejército brasileño – y, además, que el vicepresidente Hamilton Mourão es un general de la República –; sino también porque el mandatario, en numerosas oportunidades, se ha manifestado como virtual portavoz de los sectores más duros y conservadores de las fuerzas armadas. El mismo en ningún momento ha adjurado del militarismo, y en más de una oportunidad ha terminado ensalzando a torturadores – entre estos, al fallecido coronel Carlos Alberto Brilhante Ulstra –, que violentaron los derechos humanos durante el período del régimen burocrático-autoritario imperante en el país, entre 1964 y 1985 (Soares, 2018; Rossi, 2018).

Asimismo, el referido subgrupo o núcleo militar-policial del gabinete ministerial también pretende ensayar un “retorno” corporativista al centro de la política nacional brasileña, de la que, alegan, acabaron siendo excluidos en los últimos años, especialmente desde la época de la creación del ministerio de la Defensa – tradicionalmente encabezado por civiles. En termos más categóricos, ello significa una aparente renovación del deseo o aspiración que el estamento militar brasileño tuvo para tutelar a la sociedad.

Conviene agregar que las relaciones y afinidades entre Bolsonaro y el estamento militar-policial no están exentas de riesgos para ambos lados. Aunque los actuales comandantes superiores del Ejército fueron colegas de la misma promoción de Bolsonaro en la academia militar, es necesario auscultar hasta qué punto las correlaciones entre las partes será efectivamente republicana, democrática y constitucional. En ese sentido, un tema particularmente álgido y urgente para el devenir de la propia administración será lo concerniente a las políticas de seguridad pública y justicia penal. Recuérdese que más de 60 mil ciudadanos brasileños mueren anualmente por homicidios. Y que las demandas por seguridad pública, represión de la criminalidad y “mano dura” contra el desorden han generado bastante popularidad y también han garantizaron un número bastante significativo de votos para Bolsonaro y allegados políticos en el legislativo y en las provincias (Fórum Brasileiro de Segurança Pública, 2018; Latinobarómetro, 2018). “Un pueblo cansado termina buscando un mesías, no un gobernante” ponderaba, acertada y dramáticamente, Confucio, dos mil y quinientos años atrás.

Así las cosas, demandas directamente relacionadas a las promesas de campaña vinculadas a la seguridad pública han sido de las primeras en ser cumplidas por el nuevo gobierno brasileño. Ese es el caso, por ejemplo, del decreto presidencial firmado en el primer mes de gobierno, que procura flexibilizar la adquisición de armas y municiones para los ciudadanos comunes – sin antecedentes penales –, todo ello justificado en el marco de la promoción de la justa y legítima autodefensa de la integridad física, de la protección de los derechos individuales y de la propiedad

privada (Alessi, 2019b). He aquí una evidente convergencia con la lógica hobbesiana, con el neoconservadurismo, con el esencialismo, y con el populismo de derecha.

En síntesis, el gabinete ministerial recién nombrado por el presidente Bolsonaro presenta al menos tres subgrupos bien delineados y reconocidos. De un lado, el liberalismo tardío de Paulo Guedes, de otro el esencialismo de Araújo, Alves y Vélez, y terciando la “mano dura” de Moro y del vicepresidente Mourão. Aunque por razones de espacio y también por la inmediatez de los acontecimientos no sea posible avanzar en el análisis interpretativo detallado de las correlaciones, de las afinidades y particularmente de la competencia entre las principales figuras del gabinete ministerial, no cabe duda de que la calidad del liderazgo del propio presidente Bolsonaro acabará siendo determinante para garantizar el ejercicio del poder político emanado de los comicios de octubre de 2018.

Aquello, que puede parecer bastante obvio para muchos observadores imparciales, tiene, en realidad, alguna posibilidad de acabar generando inesperadas turbulencias políticas y hasta contradicciones intraburocráticas en el gabinete. Téngase presente que algunas personalidades del gabinete gozan de un prestigio y de una capacidad de divulgar propuestas políticas y sociales iguales o superiores a las credenciales presentadas por el propio mandatario.<sup>4</sup>

En consecuencia, no puede ser totalmente descartada la posibilidad de potenciales conflictos y desencuentros entre miembros del gabinete ministerial. La propia dignidad presidencial podría acabar siendo disminuida y ofuscada, en caso de contradicciones persistentes y prolongadas entre el presidente, el vicepresidente y los “superministros”. Por lo tanto, las capacidades de coordinación política serán sumamente relevantes para garantizar la gobernabilidad, el liderazgo y la propia calidad de la democracia existente (Brum, 2019c).

## **6. Consideraciones finales: las consecuencias y escenarios prospectivos derivados de la competencia política en nivel federal**

A partir del triunfo y la asunción de Jair Bolsonaro, el día 1º de enero de 2019, parece posible y plausible proponer al menos tres escenarios prospectivos para el nuevo período de gobierno 2019-2022 (El País, 2019b). Esos escenarios prospectivos – con evidentes impactos en la calidad de la democracia brasileña y también con importantes repercusiones regionales y globales – podrían ser denominados de optimista, inercial y pesimista.

En el escenario optimista, el presidente electo Bolsonaro y su gabinete aceptan realizar una “caminada para el centro político.” Esto es, delante de las realidades del gobierno, del Estado y de las relaciones con el conjunto de la sociedad brasileña – además de la inserción internacional

---

<sup>4</sup> Durante los casi treinta años de ejercicio como diputado federal, el actual presidente solamente logró aprobar dos leyes de su autoría e interés directo.

del país –, el grupo político victorioso en octubre de 2018 abandona gradualmente sus propuestas más radicales, modera su agresiva y altisonante retórica ideológica, y consigue formular e implementar políticas públicas coherentes, efectivas y equitativas. Asimismo, el nuevo gobierno federal brasileño acepta – con evidente inspiración del principal asesor económico del gobierno Paulo Guedes – impulsar reformas económicas de orientación liberal, que efectivamente consiguen una reactivación del sistema productivo, después de muchos años de recesión. Tal reactivación económica permite desarrollar una masiva generación de empleos. En el campo policial-judicial, la labor del ministro Sérgio Moro contra la corrupción y el crimen organizado también logra importantes éxitos. Así las cosas, el *sorpasso* del PSL en relación al PSDB, al DEM y al PP acaba transformando al partido del presidente Bolsonaro en la principal organización política de una revigorada y altiva Derecha brasileña. Y todo ello repercute en el Congreso Nacional, ya que el presidente Bolsonaro consigue constituir una base de sustentación centro-derechista, amplia y disciplinada; con significativos desdoblamientos desde la perspectiva de la gobernabilidad democrática.

Adicionalmente, en este escenario optimista, el poderoso estamento empresarial nacional, la clase media-alta, los grupos religiosos evangélicos, y una parte considerable de los sectores populares – fuertemente influenciados por las redes sociales (Internet) y por el sentimiento antipetista – mantienen un alto y considerable apoyo político-social al régimen. Incluso en términos regionales y globales, el denominado “efecto Bolsonaro” es replicado en países próximos y distantes – principalmente en Uruguay, Bolivia, Perú, Ecuador, Argentina, Guatemala, Panamá, El Salvador y Honduras, bien como en algunos países de lengua portuguesa. Igualmente, la doctrina del panamericanismo y las relaciones bilaterales con los Estados Unidos experimentan una sensible aproximación. En consecuencia, el propio presidente Bolsonaro acaba se erigiendo en uno de los más importantes exponentes de la Derecha global, junto con Donald Trump y Matteo Salvini. Y en última instancia, su gobierno – esencialmente conservador, honesto, compasivo, y firme – es reelecto o eventualmente acaba siendo substituido por un aliado, en las elecciones de 2022; todo ello favorecido por la persistencia de una oposición de centro-izquierda debilitada, fragmentada y desconectada de la realidad social, cultural y económica del país.

En el escenario inercial, la virtual luna de miel o período de tolerancia del conjunto de la sociedad brasileña para con el gobierno de Jair Bolsonaro se prolonga durante, como máximo, un año. En este período de hegemonía de la centro-derecha son implementadas reformas económicas de orientación liberal – incluso las complejas reformas previsionales, fiscales y la privatización de algunas empresas públicas. Simultáneamente, con el necesario apoyo parlamentario y de la sociedad civil, el gobierno de Bolsonaro consigue alcanzar importantes avances en lo concerniente a la reforma política y en la lucha contra la corrupción, la criminalidad y la impunidad – lo que engrandece notoriamente la popularidad del ministro Sérgio Moro.

Sin embargo, ese idílico período de predominio bolsonarista comienza a ser cuestionado en el segundo año de gobierno. La pauta conservadora y esencialista es crecientemente resistida

por actores sociales subalternos, principalmente por feministas, afrodescendientes y sindicalistas – mediante movilizaciones ciudadanas y protestas masivas. Una nueva y revigorada oposición de centro-izquierda, encabezada por el exjuez y eventual candidato a la presidencia Joaquim Barbosa – del *Partido Socialista Brasileiro* – reivindica, con firmeza, la implementación de criterios republicanos, laicos y efectivos para las relaciones entre el gobierno y la sociedad. El personalismo-caudillismo del presidente Bolsonaro pierde en pocos meses su aura de salvador de la Patria – aunque el sentimiento antipetista continúa siendo bastante fuerte. Y, ya en la segunda mitad del gobierno, frente a las influencias esencialistas y a los fundamentalismos de orientación religiosa, militarista, misógina, homofóbica y racista, se impone una alternativa opositora unificada, trascendente y consecuente. Este bloque opositor, encabezado por Barbosa, consigue una importante victoria en las elecciones de 2022, y asume el poder con el propósito de impulsar amplias reformas constitucionales, una renovación de la clase política, y elevar los indicadores de la calidad de la democracia en el país – bastante afectados por las controversias y desaciertos del momento bolsonarista.

En el escenario pesimista, el gobierno de Jair Bolsonaro adopta una posición fundamentalista y recalcitrante en las relaciones con los otros poderes de la República, mantiene la histriónica y provocante retórica contra las minorías y grupos subalternos, bien como una desaforada apología del gobierno autoritario-burocrático y a una concepción esencialmente hobbesiana de las relaciones entre Sociedad y Estado. Su dependencia en relación a los sectores más derechistas, especialmente de la denominada Bancada de la Biblia (evangélicos y católicos), de la Bala (militarista y policial) y de los Bueyes (ruralistas), genera altos y crecientes conflictos, crímenes de odio y violencia político-social tanto en las áreas urbanas como en las áreas rurales.

Gradualmente, el general Hamilton Mourão, formalmente vicepresidente del país, asume el poder real, con apoyo del alto comando del Ejército – y en desmedro de otras figuras del gobierno, tales como Paulo Guedes o Sérgio Moro; bien como de otros actores político-sociales, entre ellos el poder judicial, el empresariado industrial y la Iglesia católica. En el fondo, un emergente modelo de autoritarismo-competitivo pasa a ser claramente delineado a partir del segundo año de gobierno (Levitsky y Way, 2010; Laclau, 2006). Y en ese contexto, el argumento de la fuerza (represión) predomina y substituye – al menos temporariamente – la fuerza del argumento (deliberación). Naturalmente, ello repercute negativamente en el prestigio y en la inserción internacional del país, particularmente en foros como el Mercosur, la Oea, la Onu, la Celac, la Cplp, Brics e Ibas.

Delante de esta fuerte represión política y social, la sociedad civil y las oposiciones – incluyendo un reestructurado, renovado y rehabilitado *Partido dos Trabalhadores*; bien como otras organizaciones de centro-derecha y de centro-izquierda – se comprometen con un pacto y una alianza democrática, progresista y popular. Gigantescas movilizaciones, protestas y huelgas configuran el surgimiento de una “primavera brasileña.” Y en última instancia, Bolsonaro y Mourão sufren un impedimento presidencial, después de tenso y turbulento proceso parlamentario. Se

inicia, entonces, un proceso de recomposición y refundación democrática. El propio pacto constitucional acaba siendo objeto de sustitución, vía una Asamblea Nacional Constituyente. Así las cosas, una nueva Carta Magna es aprobada y refrendada. Vale agregar que este paradigmático documento es bienvenido en la comunidad internacional – tanto cuanto lo fue, en su momento, la Constitución mexicana de 1917 – por sus imperativas resoluciones en lo concerniente a la lucha contra la corrupción, al Estado de Derecho, a la Solidaridad y a las Libertades, todas ellas dimensiones importantes en el marco de la calidad de la democracia.

En el momento de escribir estas líneas, el autor de este texto considera que, finalmente, predominará una tendencia política y social localizada próxima del escenario inercial. Así, queremos entender que corresponderá a la sociedad civil brasileña mantener una firme y constante vigilancia de su gobierno; bien como trabajar para mantener y elevar gradualmente la calidad de la democracia existente (Latinobarómetro, 2018; Przeworski, 2016; Laval y Dardot, 2015).<sup>5</sup> En una perspectiva intergeneracional, no se puede ignorar que las futuras generaciones nos indagarán sobre nuestras acciones y decisiones en la actualidad y, en ese contexto, todos estamos llamados a contribuir en favor de la gobernabilidad democrática del país (Bizarro y Coppedge, 2017; Miguel, 2016; Diamond y Morlino, 2004; Morlino, Pachano y Tovar, 2017).

## **7. Postada de abril de 2019**

El 10 de abril de 2019, la administración Bolsonaro llegó a su centésimo día de gobierno. Y aparentemente esa marca no presenta mayores conquistas o virtudes para conmemorar o celebrar. En efecto, a tres meses desde el inicio de la administración, el Ejecutivo brasileño ha tenido que enfrentar no pocas dificultades de articulación política, principalmente en lo concerniente a la constitución de un efectivo y amplio bloque de sustentación o apoyo partidario en el Congreso nacional – conviene recordar que, para gobernar con eficiencia, Bolsonaro necesita construir una coalición de partidos de centro-derecha, en función de que su propio partido dispone de apenas medio centenar de diputados en la cámara baja, y que gobernar en minoría es sumamente riesgoso.

Tal situación ha generado, en los primeros tres meses de gobierno, no pocas desarmonías y recriminaciones públicas entre altos personeros del régimen. En consecuencia, esa dificultad de articulación político-partidaria ha terminado generando inesperadas dificultades para el adecuado tratamiento de propuestas enviadas por el Ejecutivo al parlamento, con destaque para el proyecto de reforma del sistema de previsión social, considerado prioritario por numerosos voceros de la administración. A medio plazo, parece bastante probable que la referida reforma

---

<sup>5</sup> Conviene observar que, según el reciente informe de Latinobarómetro (2018), el apoyo ciudadano a la democracia brasileña experimentó una fuerte declinación en los últimos dos años. Ello coloca nuevos desafíos a la sociedad y al Estado brasileños.

del sistema de previsión social acabe siendo aprobada en el parlamento, durante el segundo semestre de 2019. Entretanto, es evidente que ello implicará costos políticos sumamente elevados para el Ejecutivo en su relación con el Legislativo y con el conjunto de la sociedad.

Al mismo tiempo, parece pertinente agregar que las mismas dificultades de articulación política, bien como inesperadas contradicciones de gestión pública y hasta conflictos de personalidades, liderazgos y vanidades, también se han manifestado en abiertas disputas interburocráticas, principalmente entre personeros correlacionados al núcleo esencialista (Olavo de Carvalho) y al núcleo militar-policial (Hamilton Mourão) del gobierno. La profundidad y amplitud de tales disputas interburocráticas se han manifestado, por ejemplo, en la precoz destitución de dos ministros de Estado: Gustavo Bebianno (Secretaría General de la Presidencia) y Ricardo Vélez Rodríguez (Educación). Más aún, al momento de escribir esta posdata, parece plausible que los ministros Marcelo Álvaro Antônio (Turismo) y Ernesto Araújo (Relaciones Exteriores) también acaben siendo separados de sus actuales cargos.

Sea como fuere, investigaciones de opinión pública recientemente dadas a conocer sugieren que el apoyo popular al gobierno del presidente Jair Bolsonaro está en declinación (Marreiro, 2019). En efecto, la opinión popular con relación al desempeño del gobierno estaría actualmente dividida en tres subgrupos: regular (33%), bueno u óptimo (32%), y ruin o pésimo (30%). La evaluación negativa del gobierno es particularmente preocupante, ya que se trata de una marca inusualmente alta para una administración en el tercer mes de ejercicio del mandato. Ciertamente, estos resultados en investigaciones de opinión pública sobre el desempeño del gobierno afectan el período de virtual luna de miel con la sociedad, en general, que normalmente los gobernantes brasileños gozan durante el primer año de la respectiva administración. Tal situación igualmente se contrapone al escenario optimista planteado en el acápite anterior. Desafortunadamente, una apreciación detallada de los motivos de ese acentuado deterioro del apoyo popular al gobierno excedería los límites del presente estudio.

Llevando en consideración esta coyuntura ni tan virtuosa o positiva, es plausible que la administración del presidente Bolsonaro se vea presionada a intentar una reacción enérgica, con el propósito de reagrupar y de motivar a sus simpatizantes y militantes – quiere decir, al voto duro de la derecha brasileña. Entretanto, en función de las limitaciones prácticas en el campo doméstico – desequilibrios macroeconómicos, dificultades de articulación en la propia base de sustentación político-partidaria, e incluso una gradual rearticulación de la hasta ahora incipiente oposición de centroizquierda –, no se puede descartar que la referida acción enérgica pueda acabar aconteciendo en el campo de la política y seguridad internacional. Específicamente, una eventual acción militar conjunta y coordinada entre los gobiernos de Donald Trump y de Jair Bolsonaro contra el gobierno de Nicolás Maduro en Venezuela podría encajar en este momento de dificultades en Brasilia.

Aunque no necesariamente congruente con la trayectoria de la inserción internacional del Brasil desde el fin de la guerra de la triple alianza contra el Paraguay (1864-1870), conviene tener

presente que intentos de desviar la atención en relación a problemas internos mediante la formulación e implementación de acciones militares en el exterior ha sido relativamente frecuente en el pasado, principalmente en el caso de grandes potencias. Y llevando en consideración las inclinaciones militaristas del mandatario brasileño, no se puede descartar totalmente la hipótesis de graves incidentes en la frontera norte del país. Paradojalmente, la retórica prodemocrática o antimadurista de algunos altos personeros del entorno presidencial acaba contrastando claramente con la ensalzada, exaltada y elogiada acción de fuerza que resultó en la irregular interrupción del mandato del presidente João Goulart, en 1964, y de la imposición del régimen burocrático-autoritario que le sucedió hasta la redemocratización brasileña, en 1985. Obviamente, esta hipótesis de conflicto y de amenaza a la seguridad internacional deberá ser apropiadamente resistida por el conjunto de los actores sociales del país, bien como por el propio alto comando de las fuerzas armadas brasileñas.

En conclusión, a tres meses del inicio del gobierno de Jair Bolsonaro, los motivos de euforia y satisfacción parecen ser bastante limitados para el conjunto de la sociedad brasileña, y para los ciudadanos-electores de centro-derecha, en particular. En medio de una coyuntura de virtual estagnación política, económica y social, el mandatario y su núcleo duro podrían también intentar implementar un giro pragmático y una caminata para el centro con el propósito de salvar el devenir del gobierno. Caso contrario, el escenario inercial planteado en páginas anteriores podría concretizarse mucho más temprano que tarde.

## Referencias

- Alessi, Gil. 2019a. Batalha ideológica é a ponta de lança da estratégia de Bolsonaro. *El País Brasil*, 7.1.2019, en: <https://brasil.elpais.com/> [27 de enero de 2019].
- \_\_\_\_\_. 2019b. O que muda com o decreto sobre posse de armas e quais suas possíveis consequências. *El País Brasil*, 16.1.2019, en: <https://brasil.elpais.com/> [27 de enero de 2019].
- Avritzer, Leonardo. 2017. *The Two Faces of Institutional Innovation*. Cheltenham: Edward Elgar Publishing.
- \_\_\_\_\_. 2016. *Impasses da Democracia no Brasil*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- \_\_\_\_ y Costa, Sérgio. 2004. Teoria crítica, democracia e esfera pública: concepções e usos na América Latina. *Dados*, 47 (4): 703-728.
- Benites, Afonso. 2019. Os recados do 'czar' da Economia em seu primeiro discurso. *El País Brasil*, 3.1.2019, en: <https://brasil.elpais.com/> [27 de enero de 2019].

- Bethell, Leslie. 2002. Política no Brasil: de eleições sem democracia a democracia sem cidadania. en L. Bethell (ed.), *Brasil: fardo do passado, promessa do futuro*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, p. 9-43.
- Bizarro, Fernando y Coppedge, Michael. 2017. Variedades da Democracia no Brasil. *Opinião Pública*, 23 (1): 1-42.
- Brum, Eliane. 2019a. O homem mediano assume o poder. *El País Brasil*, 3.1.2019, en: <https://brasil.elpais.com/> [27 de enero de 2019].
- \_\_\_\_\_. 2019b. O chanceler quer apagar a história do Brasil. *El País Brasil*, 16.1.2019, en: <https://brasil.elpais.com/> [27 de enero de 2019].
- \_\_\_\_\_. 2019c. Mourão, o moderado. *El País Brasil*, 30.1.2019, en: <https://brasil.elpais.com/> [31 de enero de 2019].
- Da Silva, Adriana, Brites, Cristina, Oliveira, Eliane, y Borri, Giovanna Teixeira. 2014. A extrema-direita na atualidade. *Serviço Social e Sociedade*, 119: 407-442.
- Dahl, Robert. 2016. *Sobre a Democracia*, Brasília: Editora Unb.
- Della Coletta, Ricardo. 2018. Chanceler de Bolsonaro: 'Deus uniu ideias de Olavo de Carvalho ao patriotismo do presidente'. *El País Brasil*, 28.12.2018, en: <https://brasil.elpais.com/> [27 de enero de 2019].
- Diamond, Larry y Morlino, Leonardo. 2004. The Quality of Democracy. An Overview. *Journal of Democracy*, 15 (4): 20-31.
- El País. 2019a. Brasil de Bolsonaro reedita união de togados com fardados. *El País Brasil*, 2.1.2019, en: <https://brasil.elpais.com/> [27 de enero de 2019].
- \_\_\_\_\_. 2019b. Divisão no Brasil. *El País Brasil*, 2.1.2019, en: <https://brasil.elpais.com/> [27 de enero de 2019].
- Fernandes Jr., Florestan. 2019. 'Ciro Gomes: 'É uma questão de decência que Bolsonaro esclareça o caso Queiroz''. *El País Brasil*, 7.1.2019, en: <https://brasil.elpais.com/> [27 de enero de 2019].
- Fórum Brasileiro de Segurança Pública. 2018. *Anuário Brasileiro de Segurança Pública 2018*, São Paulo: FBSP.
- Frias, Maria Cristina. 2019. O PSDB vai mudar, será de centro e respeitará direita e esquerda, afirma Doria. *Folha de São Paulo*, 22.1.2019, en: <https://www1.folha.uol.com.br/poder/2019/01/o-psdb-vai-mudar-sera-de-centro-e-respeitara-direita-e-esquerda-afirma-doria.shtml> [27 de janeiro de 2019].
- Gimenes, Eder. 2019. Eleitores, partidos políticos e democracia: reflexões teóricas e agenda de pesquisa. In Xavier, Lídia, Domínguez, Carlos y Vicente, Fonseca (eds.), *A Qualidade da Democracia no Brasil*, v. 3, Curitiba: CRV, p. 211-228.

- Jiménez, Carla. 2018. A extrema direita no Planalto. *El País Brasil*, 31.12.2018, en: <https://brasil.elpais.com/> [27 de enero de 2019].
- Jucá, Beatriz. 2019. Os tentáculos de Olavo de Carvalho sobre 57 milhões de estudantes brasileiros. *El País Brasil*, 12.1.2019, en: <https://brasil.elpais.com/> [27 de enero de 2019].
- Kitschelt, Herbert, Hawkins, Kirk, Luna, Juan, Rosas, Guillermo, y Zechmeister, Elizabeth. 2010. *Latin American Party Systems*, Nueva York: Cambridge University Press.
- Kotscho, Ricardo. 2019. PSDB de João Doria está mais para Bolsonaro do que para FHC. *Folha de São Paulo*, 26.1.2019, en: <https://www1.folha.uol.com.br/colunas/ricardo-kotscho/2019/01/psdb-de-joao-doria-esta-mais-para-bolsonaro-do-que-para-fhc.shtml> [27 de janeiro de 2019].
- Laclau, Ernesto. 2006. *La Razón Populista*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Lagos, Marta. 2018. *El fin de la Tercera Ola de Democracias*, Santiago: Corporación Latinobarómetro.
- Latinobarometro. 2018. *Informe 2018*, Santiago de Chile: Corporación Latinobarómetro.
- Laval, Ch. y Dardot, P. 2015. Propriedade, apropriação social e instituição do comum. *Tempo Social, Revista de Sociologia da USP*, 27 (1): 261-274.
- Levine, Daniel H. y Molina, José E. 2007. La calidad de la democracia en América Latina: una visión comparada. *América Latina Hoy*, 45: 17-46.
- Levitsky, Steven y Way, Lucan. 2010. *Competitive Authoritarianism/ Hybrid Regimes After the Cold War*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Lijphart, Arend. 2000. *Modelos de democracia. Formas de gobierno y resultados en treinta y seis países*, Barcelona: Ariel.
- Limongi, Fernando. 2006. A democracia no Brasil: Presidencialismo, coalizão partidária e processo decisório. *Novos Estudos*, 76: 17-41.
- Linz, Juan y Stepan, Alfred. 1999. *A Transição e Consolidação da Democracia: A experiência do Sul da Europa e da América do Sul*, São Paulo: Paz e Terra.
- Löwy, Michael. 1999. *Guerra de Deuses. Religião y Política en América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Marreiro, Flávia. 2019. Bolsonaro, pressionado por queda recorde de popularidade em pesquisa. *El País*, 8.4.2019, disponible en: <https://brasil.elpais.com/> [10 de abril de 2019].
- Mendonça, Heloísa. 2019. Os superpoderes de Paulo Guedes contra o dragão no Congresso. *El País Brasil*, 3.1.2019, en: <https://brasil.elpais.com/> [27 de enero de 2019].
- Miguel, Luis Felipe. 2014. *Democracia e Representação*, São Paulo, Unesp.
- \_\_\_\_\_. 2016. *Desigualdades e Democracia*, São Paulo, Unesp.

- Moisés, José Álvaro y Meneguello, Rachel. 2013. *A desconfiança política e seus impactos na Qualidade da Democracia*, São Paulo: Edusp.
- Morlino, Leonardo. 2014. *La Calidad de las democracias en América Latina*, San José: IDEA Internacional.
- \_\_\_\_\_. 2016. ¿Cómo analizar las calidades democráticas? In Xavier, Lídia y Domínguez, Carlos (eds.), *A Qualidade da Democracia no Brasil*. Curitiba: CRV, 2016, p. 21-47.
- \_\_\_\_\_, Pachano, Simón y Tovar, Jesús. 2017. *Calidad de la Democracia en América Latina*. Curitiba: CRV.
- Nair, Sami. 2018. O que está por trás do discurso de ódio. *El País Brasil*, 8.12.2018, en: <https://brasil.elpais.com/> [27 de enero de 2019].
- O'Donnell, Guillermo. 1992. *Delegative democracy?* Notre Dame: The Helen Kellogg Institute for International Studies University of Notre Dame.
- Oualalou, Lamia. 2018. *Jésus T'Aime! La déferlante évangélique*, París: Cerf.
- Paiva, Denise, Krause, Silvana y Lameirão, Adriana P. 2016. O eleitor antipetista: partidarismo e avaliação retrospectiva. *Opinião Pública*, 22 (3): 638-674.
- Pires, Breiller. 2018. Luciano Hang, o mais engajado empresário bolsonarista, casa marketing e militância. *El País Brasil*, 30.12.2018, en: <https://brasil.elpais.com/> [27 de enero de 2019].
- Przeworski, Adam. 1997. Una defensa de la concepción minimalista de la democracia. *Revista Mexicana de Sociología*, 29 (3): 3-36.
- \_\_\_\_\_. 2016. *Qué esperar de la democracia*. 2ª ed. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ribeiro, Pedro, Vizoná, Amanda y Cassotta, Priscilla. 2016. Brasil, Un país en compás de espera. *Revista de Ciencia Política*, 36 (1): 51-74.
- Rossi, Marina. 2018. O Brasil não cumpriu o dever de pôr a ditadura em pauta. Há um pacto para não constranger os militares. *El País Brasil*, 13.12.2018, en: <https://brasil.elpais.com/> [27 de enero de 2019].
- Santander, Carlos, Domínguez, Carlos, Botelho, João, y Mundim, Pedro. 2015. La calidad de la democracia en Brasil: un régimen institucionalizado entre la inseguridad individual y desigualdad social. *Revista Latinoamericana de Política Comparada*, núm. 10 (Julio): 87-122
- Santos, Boaventura. 2009. *Una epistemología del Sur*, México: Siglo XXI y Clacso.
- \_\_\_\_\_. 2002. *Democratizar a democracia*, Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Schumpeter, Joseph. 1961. *Capitalismo, socialismo e democracia*, Rio de Janeiro: Fundo de Cultura y Ordem Livre.

Soares, Samuel. 2018. ¿Volvieron los militares en Brasil? *Nueva Sociedad*, 278 (Noviembre-Diciembre): 48-58.

Speck, Bruno, Braga, Maria do Socorro y Costa, Valeriano. 2015. Estudo exploratório sobre filiação e identificação partidária no Brasil. *Revista de Sociologia e Política*, 23 (56): 125-148.

Stefanoni, Pablo. 2018. Biblia, buey y bala... recargados. *Nueva Sociedad*, 278 (Noviembre-Diciembre): 4-11.

Varón, Paloma. 2019. FHC diz que é oposição ao governo Bolsonaro. *Folha de São Paulo*, 15.1.2019, en: <https://www1.folha.uol.com.br/poder/2019/01/em-paris-fhc-diz-que-e-oposicao-ao-governo-bolsonaro.shtml> [27 de janeiro de 2019].

Veja. 2018. Bolsonaro diz que vai propor fim da reeleição para presidente. *Veja*, 20.10.2018, en: <https://veja.abril.com.br/politica/bolsonaro-diz-que-vai-propor-fim-da-reeleicao-para-presidente/> [27 de janeiro de 2019].

Venaglia, Guilherme. 2019. Marina Silva visita Brumadinho e defende rigidez para licenciamentos. *Veja*, 27.1.2019, en: <https://veja.abril.com.br/politica/marina-silva-visita-brumadinho-e-defende-rigidez-para-licenciamentos/> [27 de janeiro de 2019].

Anexo 1: Brasil, Partidos Políticos registrados en el *Tribunal Superior Eleitoral-TSE*

Partido	Nombre oficial	Partido	Nombre oficial
PSC	Partido Social Cristão	PDT	Partido Democrático Trabalhista
PP	Progressistas	PT	Partido dos Trabalhadores
PHS	Partido Humanista da Solidariedade	PSB	Partido Socialista Brasileiro
PSL	Partido Social Liberal	PCDOB	Partido Comunista do Brasil
PRTB	Partido Renovador Trabalhista Brasileiro	PSTU	Partido Socialista dos Trabalhadores Unificado
PODE	Podemos	PCB	Partido Comunista Brasileiro
NOVO	Partido Novo	PCO	Partido da Causa Operária
PROS	Partido Republicano da Ordem Social	PSOL	Partido Socialismo e Liberdade
AVANTE	Avante	MDB	Movimento Democrático Brasileiro
PATRI	Patriota	PSDB	Partido da Social Democracia Brasileira
DEM	Democratas	PRB	Partido Republicano Brasileiro
PTC	Partido Trabalhista Cristão	PV	Partido Verde
DC	Democracia Cristã	REDE	Rede Sustentabilidade
PR	Partido da República	PMN	Partido da Mobilização Nacional
PRP	Partido Republicano Progressista	PPS	Partido Popular Socialista
PPL	Partido Pátria Livre	PTB	Partido Trabalhista Brasileiro
PSD	Partido Social Democrático	PMB	Partido da Mulher Brasileira
SD	Solidariedade		

Fuente: Tribunal Superior Eleitoral, en: <http://www.tse.jus.br/partidos/partidos-politicos/registrados-no-tse> [29 de janeiro de 2019].